



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—¿Y, porque sea el caballo que me dió mi suegro no quiere usted ver lo que le pasa?
—Claro, hombre. ¿No sabes que a caballo regalado no se le mira el diente?



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142



PAPEL
DE
FUMAR
BAMBÚ



LOS TAMOSOS
POLVOS INSECTICIDAS
LEYER, COMP^a
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA
CLASE DE INSECTOS

SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR

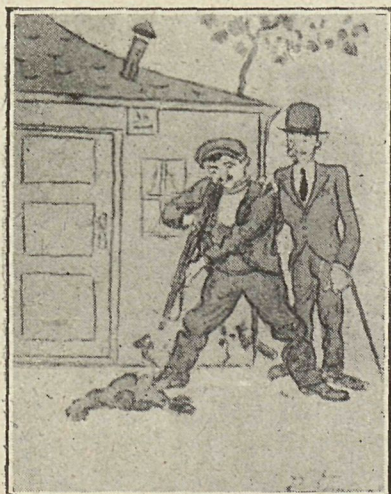
por DIEGO MARSILLA

19.—Era su puesto

Y
ACIBAR S P NIEJGO
PRECEPTOR

20.—Charada

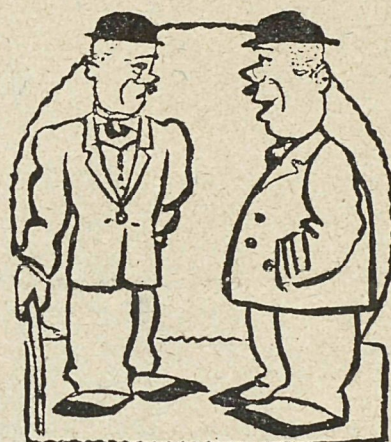
Si vuelve por *prima tercia*
la señora de Pascual,
dos *prima* que ya es bastante
y que no sea tan *total*.



—¿Por qué dispara sobre el pobre animalito, si ya está muerto?

—Cada uno sabe su negocio. Yo vendo la caza al peso, y me conviene que lleve la mayor cantidad de plomo.

(De Justique Blatter.)



—Mi mujer está aprendiendo piano y mi hija violín.

—¡Jesús! ¿Y tú, ¿qué aprendes?

—A sufrir en silencio.

(De Lustige Kolner Zeitung, Colonia.)

21.—Charada

—¿Qué *prima prima segunda* tan bello, Luz?

—*Prima dos prima tres prima dos tercia* que me regaló Quirós.

ALBERTO

Pulseras de pedida
7, CARRETAS, 7

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro **CONCURSO DE PASA-TIEMPOS** del mes de octubre.

22.—No esperes de él propina

EEEEEE
La grasa
GRIFO

23.—Charada

—¿Qué *segunda prima* tiene esta *dos tercia*. No habrá muchas así.

—¿Que no? ¡Vaya! En esa *todo* hay diez más.

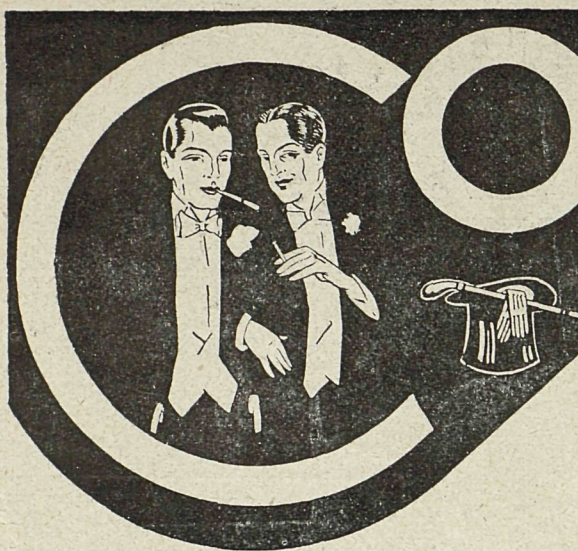


—¿Qué es eso, señor Pérez?

—He ido a comprarme un sombrero y no pudieron sacarme de la cabeza el aparato conformador.

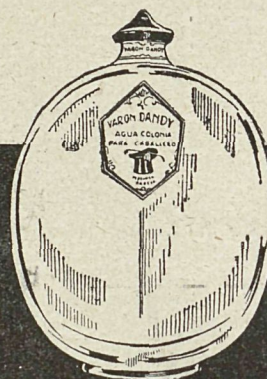
(De Justique Blatter.)

COLONIA



Varon Dandy

**HUELE
A HOMBRE
ASEADO**



PERFUMERÍA
PARERA.
Creador de los
Perfumes
y Productos
de Belleza
Tentación
para Señora

El legítimo «Varón Dandy» sólo se vende embotellado. A granel, es siempre falsificado



LaCHElon

El espectador.—¡Ha realizado usted un acto heroico! ¡Arrojarse desde esta altura, vestido, y efectuar un salvamento en un mar tan encrespado!

El salvador.—Sí, señor. ¡Pero lo que yo quisiera saber es quién ha sido el canalla que me ha empujado!

(De London Opinion.)

CHARLAS DOMINICALES



El viaje del "Conde Zeppelin" ha vuelto a suscitar la antigua discusión aeronáutica entre los más ligeros y los más pesados que el aire.

El triunfo parece haber correspondido, en esta ocasión, a los más pesados. ¡Damos nuestra cordial enhorabuena a los palmazos!... Y a ciertos escritores, tipo Eugenio D'Ors... ¡Más pesados, imposible!...

En realidad, todo ha adolecido de pesadez en el condal viaje. Empezando por su duración.

La célebre copla aquélla:

¡"En el tranvía del Norte
siendo niño me subí,
y tenía el pelo blanco
cuando llegué a Chamberí!"

se ha transformado en esta otra, de actualidad:

¡Me subí en el dirigible
estando en la dentición;
y era una especie de Weyler
cuando llegué a Nueva-York!

La "travesía" ha durado, en verdad, tiempo bastante para hacer el bachillerato universitario. Lo que se proyectó en setenta horas, ha durado ciento doce. Algunos viajeros llegaron con canas. Y para el segundo viaje se dice que, en vez de un canario, llevará a bordo el capitán, un loro.

Resulta, pues, que no eran tantas las comodidades ni las velocidades del globo, como (también en globo) nos fueron descritas antes de empezado el recorrido.

El "Conde Zeppelin", según relatos auténticos, posee comedores, cabinas, lavabos, biblioteca, "garage", y no sabemos si "campo" de fútbol... Lo creemos a pies juntillas. Sobre todo lo de la Biblioteca. Casi todos los viajeros llegaron ma-

reados... (Convendría "descongestionar", la nave, de "obras filosóficas" y "novelas de vanguardia"...)

Pero tanto confort no fué bastante a evitar un sinfín de molestias.

El ruido de los motores era insoponible: no había agua caliente en los grifos; y, en cambio, había carabineros a la llegada.

Por si esto no fuera bastante, un estabilizador sufrió un desgarré, y por poco no acaba allí la expedición. ¡Gracias a que el hijo del capitán se pasó cinco horas arreglando el desavío, con gran asombro del pasaje que hubo de felicitarle diciendo: "el estabilizador que lo estabilizase, buen estabilizador será... ¡Muy divertido, todo ello!"

No obstante, el piloto Eckener realizó un viaje muy feliz y tranquilo. El

dirigible, llevaba un canario. Hoy es moda, hasta en los equipos futbolistas, llevar siempre un canario. El capitán, en los más graves momentos de la navegación, tomaba en la mano un puñado de cañamones, o una hoja de lechuga, y se dirigía a la jaula del pájaro, afectando tranquilidad.

—¿Qué tal monín, cómo vamos?...— le preguntaba.

Y el ave, a pesar de estar enjaulada, le respondía en sus trinos:

—¡Vamos volando!...

Aunque en realidad, los que trinaban al ver que en efecto iban volando, pero muy despacito, eran los viajeros.

Por fin, a fuerza de alpiste, el capitán pudo rendir viaje, y rendir a todo el mundo.

Entonces empezó lo más grave. El "registro" en la Aduana. Las celosas autoridades yanquis tardaron un rato en convencerse de que aquellos intrépidos aeronautas no eran "contrabandistas"...

Y en cierto modo lo eran. Durante toda la travesía apenas si habían hecho otra cosa que dar contra las bandas del globo... ¡Contrabandistas, a babor y a estribor; pero no indignos matuteros!...

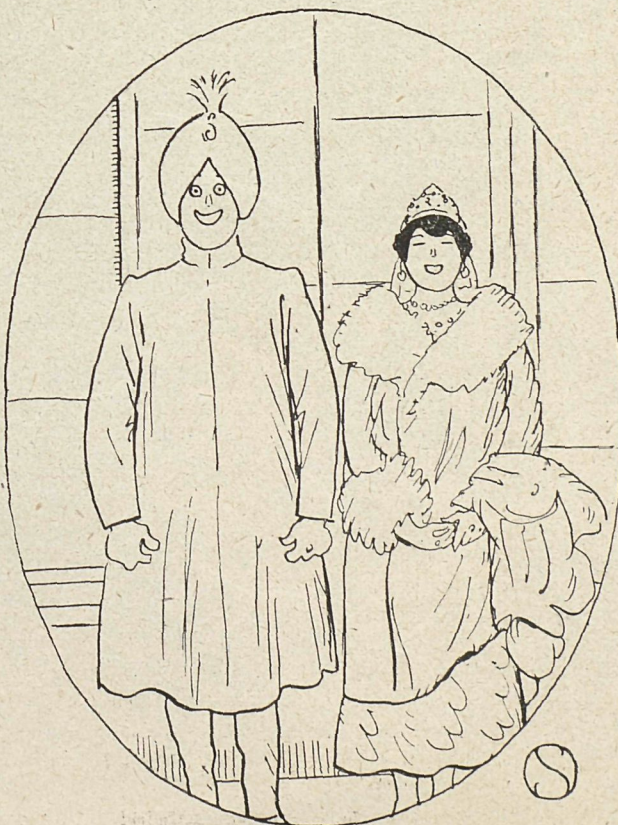
Al ser así considerados, fué cuando algunos recordaron a la volátil mascota del "dirigible", diciéndole ante el "vista" de Aduana:

—¡Canario, con el hombre!... ¡Este sí que es más pesado que el aire!"

Gracias al cansancio de todos, la cosa no pasó a mayores. Y los tripulantes fueron obsequiadísimos.

El viaje del "Conde" no ha resultado mal del todo. Un poco lento. Ha sido un "Conde" a la pata coja...

"Berlín-Nueva York-Guadalupe", como quien dice.



Dib. SILENO.—Madrid.

LUIS DE TAPIA

Ayuntamiento de Madrid

ALELUYAS PARA LA INFANCIA

El hombre bruto que apioló a una noble dama

No he visto un tío más bruto
que Nicolás Benvenuto.

Tan bestia era Nicolás,
que era imposible ser más.

Fué, entre los más animales,
uno de los principales.

Y, entre los burros famosos,
uno de los más gloriosos.

Así es que el llamarle bruto
no ofendía a Benvenuto.

Y si le llamaban bestia,
no demostraba molestia.

Y al tratarle de animal,
no lo tomó nunca a mal.

Y al darle el nombre de burro,
se sonreía cazarro.

Brutalidades, hacía
ocho o nueve cada día.

Bestialidades, al mes
solía hacer ciento tres.

Animaladas, a pares;
y burradas, a millares;
y gansadas, a montones
y asnerías, a millones.

Cuando alguien le daba voces,
le contestaba con coces.

Cuando una hembra le gustaba,
o rebuznaba o balaba.

Y, si mal le parecía,
la gruñía o la mordía.

En fin, que era muy grosero
con el sexo retrechero.

Y no era mucho más fino
con el sexo masculino.

Como era tan bruto el pobre,
en burradas batió el cobre.

Un día, con una furcia,
tomó un *auto* y se fué a Murcia.

Pero se acabó la esencia
y fué a buscarla a Valencia,
yendo, con su compañera,
a pie por la carretera
y llevando el *auto* al hombro,
lo cual producía asombro
al gentío pueblerino
de las villas del camino.

El no quiso hacerse cargo
de que el paseo era largo,
y la chica se cansó
y él al *auto* la subió.

Algo después, sintió sed
y se arrimó a una pared,
creyéndose erróneamente
que allí había alguna fuente.

Benvenuto, ya sediento,
soltó un atroz juramento;
y cuando llegó a La Encina
(donde había gasolina),



—Creo que en la India, cuando se
muere un hombre, queman el cadáver.

—Me parece muy bien; y para que
la desinfección fuese completa, debían
quemar también a la viuda.

Dib. TAULER.—Madrid.



—¿Y dices que tu papá es músico?
—Sí, señor, el que toca la campana
en la estación.

Dib. CISNEROS.—Madrid.

sin gastar contemplaciones
se bebió doce bidones

y no dejó, asaz incauto,
ni una gota para el *auto*.

Por lo cual, como a la ida,
hizo a pata la *volvída*.

Otro día, hizo una apuesta
con Jacinto Malatesta

y se comió un cerdo entero
y otro cerdo compañero,

y después, y por narices,
como postre seis perdices.

En París, el doctor Erro
le aconsejó tomar hierro,

y subió a la torre Eiffel
y se tragó un capitel.

Y cuando llegó el doctor,
ya mordía un ascensor.

Y si tarda un poco más,
se lo come Nicolás.

Pero donde fué más bruto
nuestro amigo Benvenuto,
fué dando muerte a su suegra
doña Clara Bocanegra.

En marzo del veintidós
tuvieron bronca los dos.

Y él la cogió por el pelo
y la esparció por el suelo.

Ella le mordió en la nuez
y él la hizo cisco la tez.

Ella se le comió un dedo
y él contestó: "¡Yo te puedo!"

y la partió en dos pedazos
sólo con dos estacazos.

Cogió los restos mortales
y los metió en dos costales.

Con un hacha y con inquina,
los costales hizo harina.

Y esta harina la metió
en un baúl que encontró.

Y, como no era gandul,
se lió con el baúl,

y a golpes con un martillo
no dejó más que un polvillo.

Metió el polvillo en un sobre
y el sobre se lo dió a un pobre,

diciéndole: "—¡Amigo mío!
¿Quieres tirar esto al río?"

.....

Y al mes y medio cabal,
todo el río y su caudal

arrastraban destrozados
mil peces envenenados...

.....

¡La historia no acaba mal!

¿Verdad, lectores amados?

¡Pues eso es lo principal!

NÉSTOR O. LOPE

Banquetes de antipatía

La antipatía es un sentimiento más universal, más sincero, más permanente que la simpatía. Cuando alguien dice: "Fulano de Tal es muy simpático", no está uno seguro de que haya dicho la verdad; pero si dice: "Fulano de Tal es muy antipático", no hay duda de que ha expresado su pensamiento con mucha moderación. De ahí que en la época actual (la época de las adhesiones forzosas) las gentes van a los banquetes por puro compromiso, con reservas mentales, a regañadientes y dedicando en su fuero interno los más puntiagudos insultos al señor que es objeto del homenaje.

Reinaría, en cambio, una sinceridad encantadora en un banquete destinado a exteriorizar la antipatía que algunas personas suscitan. Es muy corriente, sin saber por qué, que una persona tenga el privilegio de serle antipática a todo el mundo.

—¡Hombre! ¿Conoce usted a don Fulano?

—¡Me ha mentado usted a la bicha! Es el tío más antipático del mundo.

—Estamos de acuerdo.

—Así le den morcilla.

—Mala puñalá le den.

Sería conveniente dar cauce a esos estados dispersos de opinión, convocando a banquetes de antipatía, los cuales, una vez vencido el primer escrúpulo, tendrían asegurada una numerosa y distinguida concurrencia.

Suponed que un día recibís una convocatoria redactada próximamente así:

"Distinguido compañero: Desde hace tiempo nos viene cargando, hasta un límite imposible de expresar, la fatuidad, necedad, orgullo, estupidez y buena suerte de don Esteban Bullánguez. Sus libros, escritos en papel antihigiénico y, por tanto, inútiles, le han dado un endiosamiento que nos tiene fritos.

Seguros de interpretar el sentimiento de muchas personas, que ocultan por modestia la antipatía que dicho señor les inspira, invitamos a usted a hacer pública ostentación de ella en un banquete que se celebrará tal día y en tal parte..., en el cual aplicaremos a Bullánguez, por aclamación, las más expresivas injurias

La sobremesa se prolongará por tiempo suficiente para dar lugar a que la digestión surta sus naturales efectos de metabolismo, de modo que los comensales tengan la segunda satisfacción de dedicar al homenajeado las consecuencias del banquete.

Por la Comisión organizadora (siguen las firmas)."

¡Qué manera de llover inscripciones! ¡Qué barato le parecería a los adheridos el precio del cubierto!

—Pero, ¿cómo? ¿No cuesta más que quince pesetas comer y todo lo



—Me parece caro en novecientas pesetas.

—No es caro, señora marquesa... Además, le sentará divinamente.

—Bueno; envíemelo y... ¡veremos cómo le sienta a mi marido!

Dib. Pico —Madrid.

demás en deshonra de Bullánguez? ¡Eso es tirado!

Durante el banquete saldrían a relucir las malas artes del individuo en cuestión, se le pondría verde y se le mandaría a hacer gárgaras en un papel firmado por todos.

Terminada la comida, se daría lectura de las adhesiones.

“Lamentan no poder concurrir al banquete, pero coinciden en considerar a Bullánguez como un “record-man” de majadería, de estupidez y de mala fe, los señores siguientes...”

¡Cuanta sorpresa en la lectura de la lista! ¡Hasta personas emparentadas en tercer grado con Bullánguez enviarían su fervida adhesión al acto! Y, llegado el momento de los

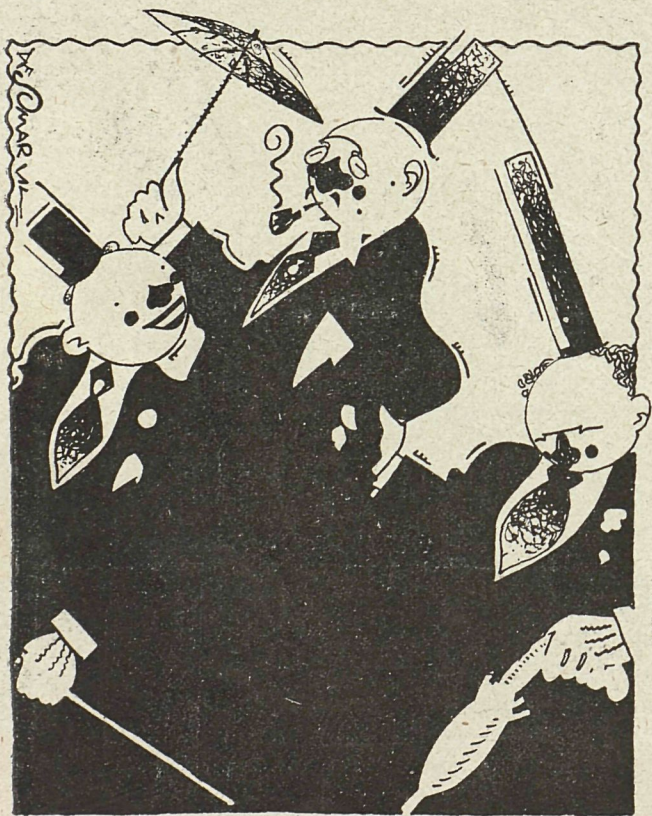
discursos, todos ellos serían escuchados con delectación:

“Señores, el sinvergüenza que motiva este acto fraternal, de unánime antipatía, no sólo me robó un argumento, sino veinticinco pesetas que me sacó dándome un ingenioso timo.”

—¡No, no! — gritarían muchos, viendo un elogio en lo de “ingenioso”.

—“Dándome un burdo timo—añadiría el orador, percatándose rápidamente de su errata—. Os propongo —continuaría—que enviemos a su señora las flores que adornan esta mesa, como testimonio de la conmiseración que nos produce el verla unida a tan mala bestia.”

(Aquí una pausa para recoger las flores y enviarlas a su destino con un botones.)



—Lo siento, chico, pero no te puedo prestar lo que me pides porque no tengo ni un botón.

—¡Caramba! ¿Pero cómo no vas a tener ni un botón habiéndote casado con una americana?

—El señor Bullánguez goza de una reputación elaborada a brazo, de una reputación falsa, y si él supiera todo lo tonto que es, podría estar justamente orgulloso, porque siempre halaga ser el primero en algo, aunque sea en tontería. Yo de mí sé decir que me da cien patadas en el estómago, como sin duda os ocurre a vosotros, y considero llegada la hora de que se las devolvamos, una por una, dándoselas en...

(Los aplausos impiden oír la parte del cuerpo indicada por el orador.)

—Debemos pedir que se vaya... (“¡Que se vaya!” gritarían todos como en las plazas de toros.) Pero no que se vaya a hacer libros y poesías, porque aun estando lejos podría agredirnos con ellos; es preciso que se vaya a hacer muchos pares de aleluyas, que es a lo más que llega su inspiración

(Nuevos y prolongados aplausos acogieran este hermoso período del orador.)

—Bullánguez, señores, no es hijo de sus obras, no se puede decir que sea un hijo del trabajo, un hijo de sus méritos o un hijo de la constancia en su labor; nada de eso. Es más bien dicho sea con todos los respetos para tercera persona, un...

(Aquí otra ovación frenética. Los comensales agitarían las servilletas y apedrearían con huesos de aceituna el retrato de Bullánguez, colocado en el salón.)

El sexteto del restaurante se vería obligado a tocar “La Internacional de la Antipatía”, un himno compuesto expresamente para este género de solemnidades, que empezaría próximamente así:

“Maldita sea tu estampa,
indigno socio del hampa...”

Después de tres o cuatro horas de denuestos e improperios, el presidente de la Comisión pondría fin al acto con estas palabras:

—Señores, basta de música y de discursos. Ha llegado el momento de obrar...

Y los comensales saldrían disparados a cumplir la orden, brindando a Bullánguez los resultados del banquete, con emocionante entusiasmo.

La sinceridad estará ausente de los banquetes mientras no se instauren los de la índole que aquí sugiero.

Dib. DESMARVIL.—Madrid.

RAMIRO MERINO

Dirigibles extraplanos

Nosotros, allá en la adolescencia, tuvimos un amigo que estaba enamorado; pero no, como todos nosotros, los compañeros de su edad, de alguna dama. Estaba enamorado del progreso; más bien de las novedades. Para él todo era uno: lo nuevo, por el hecho de ser nuevo, suponía, de fijo, un extraordinario progreso.

El día que salieron a relucir los relojes extraplanos, se compró enseguida uno. En uno de los bolsillos del chaleco llevaba el extraplano y en el otro bolsillo un reloj gordo, de esos que se usaban antes, —cuando los hombres eran fuertes y podían cargar con armaduras y relojes de ese tipo—; de esos que hoy se ven colgando del techo de alguno que otro café madrileño castizo. Hasta entonces no habíamos podido comprender hasta qué punto el hecho de que tuvieran los chalecos dos bolsillos, era una precaución de la sabia naturaleza: una de las pruebas más preciosas de la armonía universal preestablecida. En cada bolsillo del chaleco iba un reloj: uno para el deleite y para el lucimiento, el extraplano; el otro para la hora. Sacaba el uno: delicioso, leve, afilado, un verdadero injerto de lenguado y reloj, y gozaba aquella sutileza; se lo enseñaba a los amigos, lo voltereteaba en la mano... luego sacaba el otro y decía: "Son las seis". De este modo quedaban hermanados lo útil y lo agradable.

Quién iba a decirnos que este hombre era lo que se dice un precursor. Pues lo era, sin embargo: precursora estos tiempos. En nuestro amigo estaba ya, como está el jamón en la bellota, el progreso definitivo de ese puro gigantesco y dirigible que ha cruzado el Atlántico en tres días.

Como suponemos al lector poco versado en materias de aviación, daremos unas cuantas ideas, muy someras pero muy precisas, para que se pueda formar concepto del progreso extraordinario que supone para la humanidad y el porvenir, esta nueva hazaña aviadora.

La preparación de este monstruo de los aires supone ya por sí misma un conjunto de esfuerzos científicos

que enorgullece con justicia al ser humano. Nosotros en años pasados andábamos muy fastidiadísimos con esto de ser hombres: no encontrábamos chiste al ser humano: bípedo sin plumas, o con una pluma que apenas produce cuatro cuartos; bípedo a merced del mosquito y del león, del catarro y del ventilador; bípedo que tiene en ambos pedes callos como panderetas y encima de los callos los pedes del transeunte... Nosotros escupíamos—jjjjaa... ppu... —

siempre que nombrábamos al hombre... Contaba con nuestro más definitivo y desapilante desprecio: un animal que no ha logrado superar todavía, a estas alturas, la invención del paraguas... ¡Vamos hombre!...

Las cosas han cambiado, sin embargo, de poco tiempo a esta parte... Ahora cuando despertamos a la luz y salimos a la calle pensamos que en los Cuatro Vientos de la Humanidad tienen a los cuatro vientos metidos en unos tubos, como fieras amaes-



- El otro día tiraron del gallinero a un individuo y se estrelló...
- ¿Se estrelló contra el suelo?
- No, se estrelló contra su voluntad.

Dib. GARRÁN.—Madrid.



BUEN REMEDIO

—Mi padre se lamenta de que en todas las cartas le digo igual, porque siempre le pido veinte duros. Pues esta vez se equivoca: le pido cincuenta.

Dib. LÓPEZ REY.—Melva (Valencia).

tradas, para que los aviadores experimenten "en seco", en privado, sin necesidad de volar—como los lidadores de toros se ensayaban antaño frente al cornúpeto de palo en las escuelas taurómacas—y puedan probar de antemano todas las peripecias del vuelo—menos la de caer—; cuando pensamos todo esto erguimos la cabeza y pasamos arrogantes por la vida diciéndonos: "¡Somos alguien!"

Allí se le prueba al aviador la cabeza y la vista y el pulso y el corazón y la tensión arterial y la arteria tensional y la circunvalación de la oreja.

Después se prueba el viento y la presión de torsión, y la resistencia de escape, a más del miraje panorámico y del aterrizaje inverso. Allí se prueba todo, menos la caída.

Sin embargo, también para esta contingencia se han intentado ensayos... Uno de los capítulos más bonitos de la aviación lo constituye la fabricación y los ensayos del tafetán que recubre a los globos. Es un tafetán especial que se diferencia del tafetán conocido hasta el presente en que el tafetán de antes curaba las heridas, y éste, en cambio, las produce... Hielscher-Funcker ha estado varios años tratando de encontrar para la envoltura de los globos un tafetán especial que, en caso de caída, pudiera envolver a los aeronautas y curarles los efectos del bata-

cazo... Pero como ya le dijo, con sobrada razón, el sabio Bronto-Bronte, dice la sabiduría que el que no se arriesga no pasa la mar y como aquí se trata sobre todo de pasar la mar, no hay más que decidirse a pasarla cada cual por su cuenta y riesgo.

Entonces al reconocer esto se vió que en aquello de que cada cual atravesara el mar por su cuenta y riesgo, lo de menos era el riesgo y lo de más era la cuenta...

Eminentes economistas internacionales han tratado de saber a lo que asciende la cuenta. Y han ido apuntando en la cuenta:

Un caparazón fenomenal.

Un envoltorio para el caparazón.

Un sostén o redecilla para contener la inmensa ubre cuando está repleta de gas.

Un gas para que la replete.

La fábrica del gas.

El gas de la fábrica.

Los aparatos para producir la fábrica y el gas.

Los cobertizos para recojer el aparato.

El enorme terreno para que el monstruo evolucione.

400 hombres para sacarle de casa.

400 hombres para amarrarlo y meterlo dentro de casa.

300 observatorios astronómicos que están mandando noticias acerca de los vientos y diciendo "¡Que va! ¡que va!" como se avisan los vendedores ambulantes la aproximación del guar-

dia encargado de cobrarles el impuesto.

Cinco o seis "destructores" encargados de reconocer los alrededores en caso de retraso o de extravío o de que otros elementos más destructores aún, hayan hecho de las suyas.

14 o 15 aeroplanos para lanzarse a la exploración en caso necesario.

Gastos de ensayo.

Gastos de reparación de los defectos producidos en el camino.

Gastos de reposición de gas, porque el gas va yéndose a la atmósfera que quieras que no quieras.

Y por último, gasto para hacer otro aparato, porque estos aparatos, ya se sabe, desaparecen al tercero o cuarto viaje.

Un periódico ha hecho, con motivo de este viaje triunfal del dirigible Zepellin a Norteamérica una pregunta decisiva: "Este globo es el doscientos no se cuantos... ¿Dónde están los otros?" Los otros están cargados a la cuenta de éste.

Sí, en efecto, lectores: podrán llamar a estos globos los menos pesados que el aire; pero tienen, con todo, unas caídas bastante pesaditas. Por eso el problema que está actualmente en estudio es el de conseguir que ese cigarro puro gigantesco sea en absoluto incombustible y no lo parta un rayo... la Tabacalera está haciendo en este sentido lucidísimas experiencias.

Cuando esto se consiga habremos resuelto la navegación aérea intercontinental; con un globo de estos, y cuatrocientos hombres aquí, otros cuatrocientos allá, dos millones de hectáreas en solares, siete observatorios meteorológicos en vela, cuatro barcos siguiéndoles el vuelo y algún que otro aeroplano de urgencia, podrá tardarse de Europa a Nueva York unas horas menos que el barco.

El triunfo de nuestro amigo el sostenedor de los relojes extraplanos se encuentra hoy en plena apoteosis.

Por cierto que, de paso—y para terminar—, se nos ocurre, al hablar de relojes extraplanos... ¿Por qué no construir dirigibles extraplanos? El viento, según los estudios de Smith-Brucler, sopla siempre horizontalmente, jamás de abajo arriba ni de arriba abajo... Haciendo el globo extraplano cortaría materialmente los vientos...

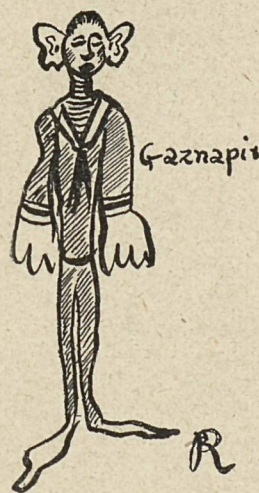
MANUEL ABRIL

Diccionario gráfico

Sigo haciendo el esfuerzo plástico de las palabras, dibujando las papeetas para ese diccionario que no será nunca de la Academia—cada vez más absurda institución—pero que salvará del mazacote de las palabras las que merecen destacarse con aire personal.

Hoy tengo a la vista "Gaznápiro" y "Mequetrefe", dos palabras significativas que merecen aplicarse a muchos jovencitos de hoy en vez de esas otras palabras aplastantes que hay que reservar para mejor ocasión.

Perdido "Zangolotino", que era un niño de otro modo con gran cuello almidonado y chalina, más la pierna



al aire y bastoncito, Gaznápiro es el jovencito que tiene configuración de patoso y tiene aire terroso de patoso, de simple y de torpe.

Gaznápiro tiene algo de onomatopéyico de lo que es y se está viendo la calidad de avellana reseca y chica que tiene el cerebro dentro de la aparente gran cascara del cráneo.

Contra ciertas sandeces no nos debemos sulfadar demasiado y por eso debemos tener palabras tan desdeñosas como gaznápiro, que admiten la aconsonantación de uno de esos juramentos leves como "¡Voto al chápíro!"

Renovemos la palabra de gaznápiro y sepamos emplearlas en las ocasiones que no merecen una palabra aplastante.

Mequetrefe es palabra que tiene más piedad con el hombre entremeti-

do, bullicioso y de poca importancia y provecho al que se dedica.

"Mequetrefe" señala en la arquitectura personal a un tipo delgado y largo que quiere presumir teniendo un tipo absurdo.

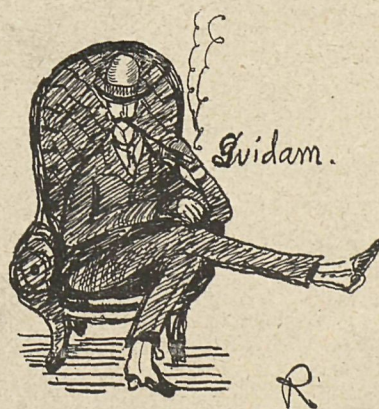
Al mequetrefe se le reconoce viendo la sombra cerial que proyecta por donde pasa y en el aire de colgadero de americana y pantalón, que tan solo presenta.

Parece el "mequetrefe" hijo de esas perchas de restaurant pobre que son solo un barrote con patas que acaba en círculo multicorne.

El "mequetrefe" va a las carreras, donde a lo más apuesta una peseta, llevando en la solapa el disco de cartón de los abonados y colgado de la mano una máquina fotográfica que apenas funciona.

"Quidam" según los académicos es cierto sujeto indeterminadamente o sujeto de poco valer cuyo nombre se ignora y a quien no se quiere nombrar, pero se olvidan de esa cosa imponente que tiene la palabra, señalando ese tipo, anticuado y estrafulario, con algo de gitano y de bolsista, ser que hemos visto en una vieja butaca de círculo o en una butaca de viejo andén.

Para encontrar un "quidam" en su vida hay que andar mucho pero cuando se encuentra no es un tipo indeterminado y vago sino un pasmarote



de sombrero puntiagudo y alto, con aire de engañapensionistas y fumando la larga pipa del flemático.

Para que se vea lo distintas que son palabras semejantes y como unas tienen sombrero y otras no y su fisonomía tiene o no tiene patillas, va un "camándulas" como complemento de un "quidam".

Un "camándulas" es un verdadero bellaco, pero un bellaco de los barrios bajos que al mismo tiempo tiene la bastante embustería e hipocresía para no tener la contingencia de que nadie se prevenga contra él.

El tío Camándulas es hombre con bastante sorna para darse cuenta de lo que un suceso requiere y ver con bastante sumurmujación la necesidad del que pide prestados cinco duros.



—¿Y quién garantiza la operación?—pregunta el tío Camándulas.

—El burro que tengo—dice el pobre hombre.

—Bueno—responde el tío Camándulas—, pero hay que inscribirle la hipoteca en la barriga.

—¿Pero cómo?—vuelve a balbucear el prestado.

—El esquilador saber hacer filigranas—ultima el camandulense. (No confundirle con los frailes de la orden de San Bendito que ostentan el mismo nombre.)

El tío Camándulas bebe el vaso de vino de la ultimación del negocio y se lo echa al colete como si el notario al final de la escritura se bebiese el copioso tintero y así ratificase con tinta pura y elocuente todo lo tratado.

RAMON GOMEZ DE LA SERNA

DOÑA FORZOSA

FÁBULA

—Marcha al pinar del tío de Bolaño y allí corta la leña que pudieras; carga con ella y vente, porque hogaño no han de bastarme al día veinte hogueras. El mundo se va helando, según me dijo ayer el juez suplente, añadiendo con pena: "Estoy temblando, pues si se hiela quedará excedente." Tráete catorce arrobas...

—¡Tía Colasa!

¿En su juicio está usted?

—¡Insisto en ello!

—¿Cómo la he de traer yo solo a casa? ¿Me toma usted por mula o por camello? Aunque me vuelva mico y aunque sude...

—Con ella has de poder, te lo aseguro, porque pienso mandarte quien te ayude y vencedor te saque en el apuro.

—¿Alguna doncellica melindrosa? ¿Algún zagal a quien la carga espante? —No lo creas... Irá Doña Forzosa, mi amiga, con más bríos que un gigante.

Y el bobo del criado se dirigió al pinar rápidamente, y allí estuvo afanado, con el deber cumpliendo dignamente. Su penosa labor por fin acaba; mira con inquietud la carretera; pero Doña Forzosa no llegaba, y esto al pobre Pascual le desespera.

—No aguardo más. El sitio es solitario. A cualquiera sorpresa estoy expuesto. Hagamos un esfuerzo extraordinario y carguemos con esto.

Vuelve a la casa, ya medio amoscado; búrlase el ama viendo cómo llega, y él la dice, en el colmo del enfado:

—Sepa usted que conmigo no se juega. Doña Forzosa dijo usted que iría.

Yo, aguardar y aguardar, y ya, aburrido, viendo que anochecía, tropezando y cayendo aquí he venido.

¿Dónde estuvo esa dama misteriosa que no la vi? ¿Tras un pino escondida?

¿O de mí, vergonzosa, se ocultó de algún lobo en la guarida?

—Ven acá, hombre de Dios. ¿Qué culpa tengo de que no la hayas visto?

—Pero, ¿es cierto que estuvo?

—Lo sostengo...

Y, francamente, te creí más listo.

¿No dijiste que al ver que anochecía, la leña recogiendo con mortal agonía,

y tropezando aquí y allí cayendo, después de esfuerzos mil llegaste a casa?

—¿Iba a pasar la noche en el camino (¡Qué cosas tiene usted, señá Co'asa!), sin amparo ni humano ni divino?

A la fuerza la traje al verme solo...

¡Aunque en ello me hubiera ido la vida!

En el pueblo me tienen por un bobo y soy una persona bien nacida,

que sabe que la honra mucho exige.

—¡Esa es Doña Forzosa!

—gritó Colasa—. Por lo cual te dije

que ella iría, valiente y afanosa,

a prestarte su ayuda en la faena.

No lo dudes, Pascual; nunca sabemos

en esta vida, de amarguras llena,

el valor y las fuerzas que tenemos

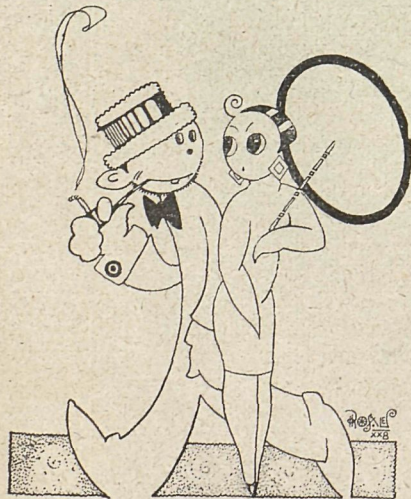
hasta que llega un caso ineludible,

de esos que piden solución violenta...

Doña Forzosa entonces se presenta

y ante su imperio no hay nada imposible.

TOMAS LUCENO



Ella.—Haga el favor de retirarse. Lle-
va usted tres horas dando vueltas alrede-
dor mío. Y usted no es más que un tío
vivo.

El.—¿Y qué tiene de extraño que dé
vueltas un tío-vivo?

Dib. ORTÍZ.—Madrid.

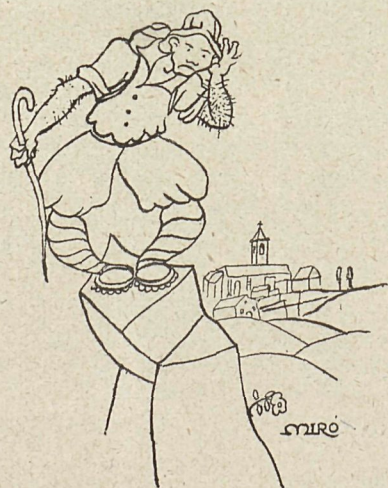


—Tu primo es un mal educado. Le es-
tuve preguntando durante diez minutos la
hora que era, y no me contestó.

—¡Pero si es sordomudo!

—¡Pobrecillo! ¡Me lo podía haber di-
cho!...

Dib. ARANA.—Madrid.



—Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, sie-
te, ocho, nueve, diez, once, doce... ¡Ah!...
¡Creí que daba la una!...

Dib. MIRÓ.—Barcelona.

Ayuntamiento de Madrid

La estatua de Don Gonzalo

—¿Don Gonzalo de Ulca?—preguntamos al traspunte.

—El Comendador está terminando la escena del cementerio. En este momento le enseña a don Juan el reloj para pasar huevos por agua. Entre en su cuarto y siéntese si puede.

Penetramos en el camerino de don Gonzalo. La noche está fría. Felizmente, la carencia de mobiliario nos permite dar unas carreritas discretas. Curioseamos. En las paredes, infinidad de clavos artísticamente distribuidos. En el suelo, una alfombra de polvo, donde todavía pueden distinguirse huellas de las pisadas de Zorrilla. Sobre una silla un hábito emblanquecido a fuerza de harina y magnesia, y un sifón.

Una tos persistente nos advierte la presencia de una faringitis y del propietario de la faringitis. Es don Gonzalo. Viene escayolado, espectral, como corresponde a su condición estatuaría, y maldiciendo.

—¡Esta escenita del cementerio es una fábrica de pulmonías; no gano para jarabes! Voy a tener que hacerla con gabán de pieles.

Salgo a su encuentro.

—¡Don Gonzalo!

El Comendador me abre sus brazos.

—¡Amigo mío!

Un abrazo y enérgicos puñetazos en la espalda. El hábito de don Gonzalo despidе una blanca nube que asciende por el cuarto.

—¡Esto es intolerable—exclama don Gonzalo—. En este teatro se han creído que soy una sardina. Hay que ver cómo me ponen de harina.

Procuro quitar importancia a la cosa.

—¿Otra vez por aquí, don Gonzalo?

—Otra vez, amigo mío.

—El tiempo no pasa por usted. Cada día más joven, más fuerte...

—No puedo quejarme. Soy de piedra. Y ¿a qué se debe su amable visita?

—BUEN HUMOR me envía para que me cuente usted algo.

—Me alegro mucho. Casualmente tengo que hacer público mi descontento en cierta cuestión.

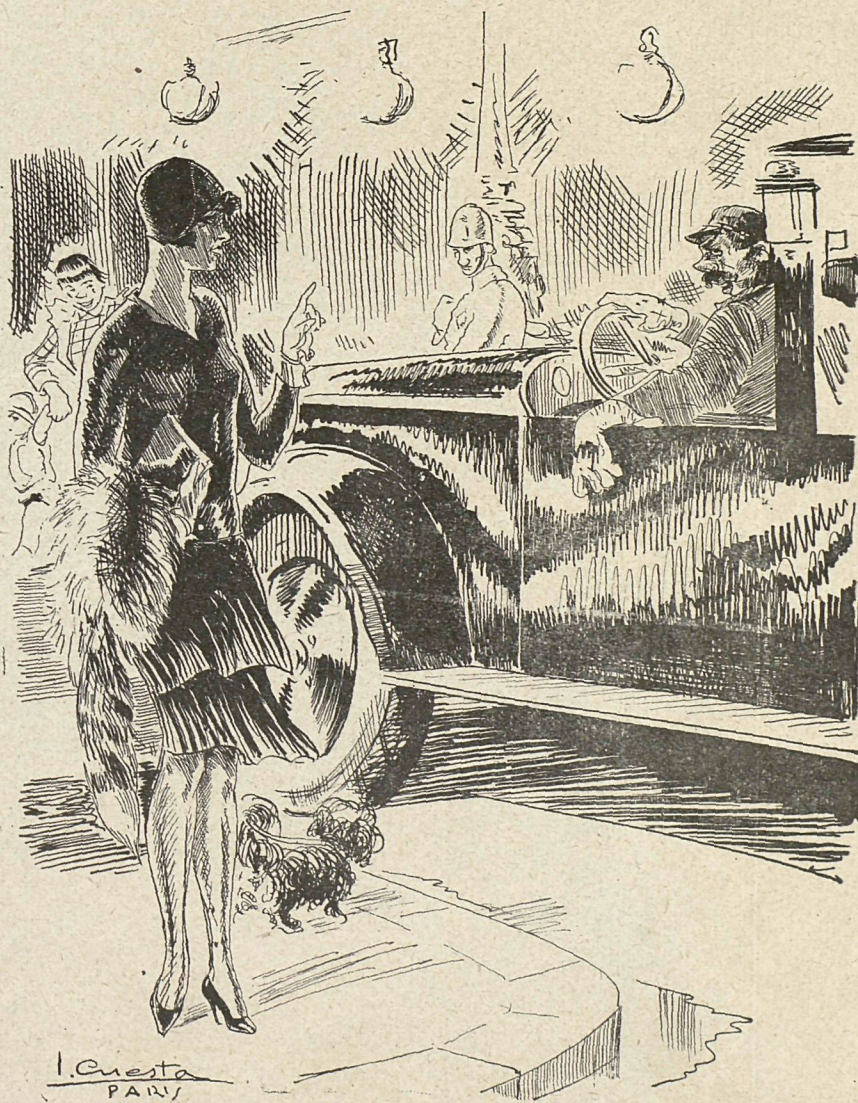
—¿A ver, a ver?...

—Se trata de la fecha en que trabajamos Inés, Juanito y yo. Esto es absurdo, señor. Estamos todo el año metiditos en casa y, cuando llega noviembre, frío, lluvioso, inclemente, en el que todo salicilato es poco, nos lanzamos tarde y noche a la calle. ¿Usted se lo explica?

—Las ánimas, don Gonzalo!...

—¡Qué ánimas ni que buñuelos de

viento! Yo ya empiezo a ser viejo, estoy cansado, tengo una faringitis crónica que pa qué voy a contarle a usted. Inés tampoco está buena; este año hemos tenido que enviarla a Alhama. Juanito—él no lo dice, porque ya conoce usted su manera de ser—comienza a resentirse de sus calaveradas. Es necesario ir pensando en trasladar nuestra actuación a la Pri-



Dib. CUESTA.—París.

—¡Chófer! ¿Está usted libre?

—No, señora; casado y con cinco hijos.

mavera. Dígalo. Inés y Juanito harán lo que quieran. Yo, si no arreglamos esto, me niego rotundamente a salir de casa por la noche. ¡Rotundamente! ¿Lo dirá usted?

—Lo diré, don Gonzalo.

—Y diga también que como las cosas sigan así, no cuenten conmigo para exhibirme por los pueblos.

—Pues, ¿qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado? Que, por lo visto, esa gente de los pueblos se ha

BUEN HUMOR

creído que uno es algo así como el tubo de la risa, y no es por ahí. Fígrese que fuimos a Villacoces, dispuestos a darnos a conocer. Apremios de momento impidieron que llevásemos toda la gente necesaria. Faltaban todos los *malditos* y mi estatua. Lo primero se arregló gracias a mis dotes de ventrílocuo. Lo segundo era lo difícil, pero un oficial, de guarnición en dicho pueblo, nos brindó la solución: él nos prestaría su asistente para que actuara de estatua. Aceptamos. García, que así se llamaba el asistente, convenientemente enjalbegado se encaramó en su pedestal y comenzó el acto.

García, la verdad sea dicha, metido en situación no movía un músculo de su cuerpo; los villacocesenses, poco acostumbrados a aquel verismo, estaban emocionados y seguían la representación sin respirar. La cosa iba admirablemente, pero he aquí que cuando la emoción alcanzaba todo su auge, un señor hizo su aparición en el patio de butacas. Este señor era el capitán que nos había prestado a su asistente. Avanzó dando fuertes taconazos y cuando hubo llegado al centro del teatro, exclamó, dirigiéndose al escenario.

—García, ¡al cuartel!

La estatua, es decir, García, al oír la orden de su jefe, miró a éste de soslayo, zozobró un momento, pero se mantuvo en su pedestal.

El capitán insistió con autoritaria entonación:

—¿No has oído? Al cuartel ahora mismo ¡o te fusilo!

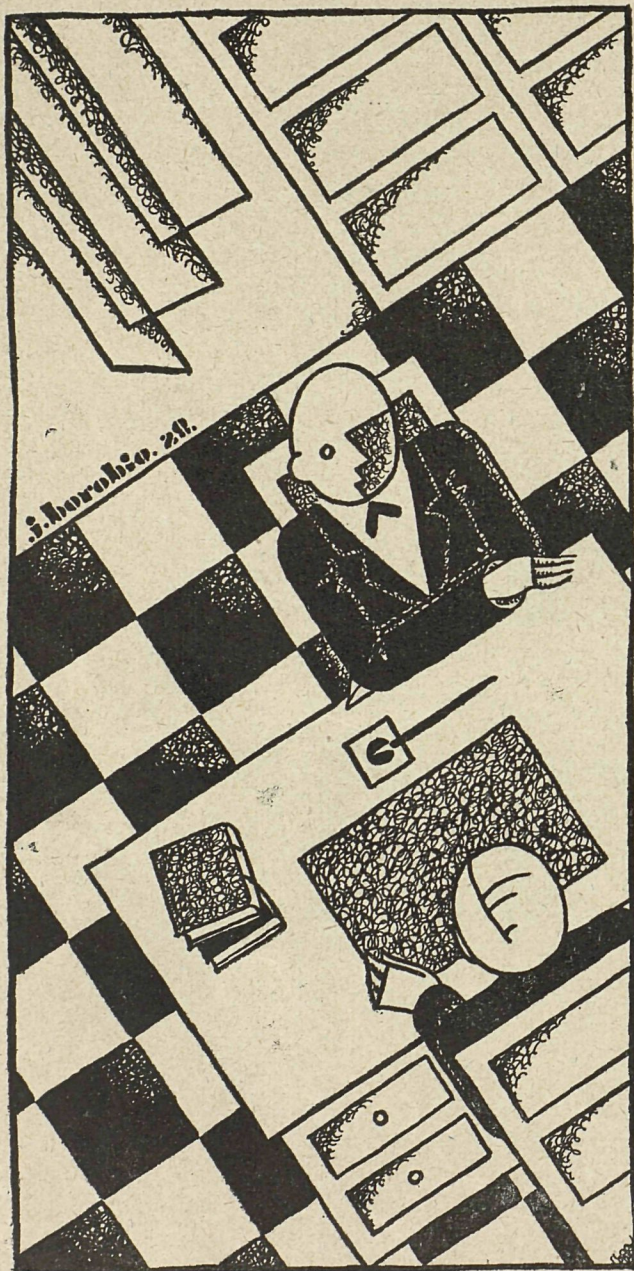
Esta vez García no tuvo más remedio que obedecer. Alzóse en su pedestal, saludó militarmente, ganó de un salto el patio de butacas y salió a la calle...

—¡Menuda se armaría en el teatro!

—¡Pues y en la calle!... Las gentes, al ver a García, lo tomaron por un fantasma desaprensivo, y, palo va, pedrada viene, este tiro por mí, este otro por mi señor padre, ¡no quiera usted saber cómo pusieron a mi pobre estatua!

—Me lo figuro: ¡como para enviársela a Benlliure!...

L. PIELTAIN



D. B. BOROBIO.—Madrid.

—Desearía me diera un día de permiso para casarme, señor.

—¡Pero si acaba usted de tener quince días de vacaciones! ¿Por qué no se casó entonces?

—¡No quise estropearlos, señor!



—Creo que este equilibrista es una buena persona.
 —¡Ya lo creo! Con decirle a usted que en su vida ha roto un plato...

Dib. SAMA—Madrid.

El chino y su aventura

Ayer por la tarde, a la hora de los barquillos, y cuando mayor era la concurrencia de niños en los altos del Hipódromo, ocurrió un suceso extraordinario que causó vivísima y coeleante impresión entre todos los que tuvieron la suerte de presenciarlo.

Mucha gente creyó que se trataba de una película y aplaudió entusiasmada; pero después supo la triste y horrenda verdad.

Un chino, un amarillento chino de esos que se han dejado olvidados en las esquinas de Madrid aquellas artísticas agrupaciones chinescas que por nuestras calles vendieron collares y boquillas, intentó raptar a un niño cuando la tierna criaturita jugaba al *paso y la uva* con sus compañeros de romper faroles. De hecho se apoderó de él, y aunque el niño pateaba bastante bien y gritaba a la perfección, el chino

inició la fuga, abandonando su clásico cabás, pero con el chico bien cogido debajo del brazo.

La alarma fué bastante espantosa. Los niños lloraban, las amas de cría insultaban en gallego al fugitivo, y las madres sufrieron desmayos histéricos. La del niño raptado, desme-lenada y alienada, requirió el auxilio de la Guardia civil del cuartel inmediato, de donde en el acto salieron algunas parejas que lograron alcanzar al chino traidor en la carretera de Chamartín, cuando aún no se había comido al niño con arroz. Al ser capturado, hubo de ser protegido por los mismos guardias de las iras del noble pueblo español, que coadyuvó a su detención. El chino no opuso resistencia, y únicamente exclamó:

—Ahora sí que he hecho Mah-Jongg.

Que es como ellos dicen eso de *ahora sí que he hecho las diez de últimas*.

Fué conducido al Juzgado de guardia.

El niño, que es el encantador mozalbete Horacito Canesú, no sufrió daño alguno en los pocos momentos que estuvo en poder del hijo de Confucio. Lo único que quedó destruido fué la raya del *paso y la uva*. Además, el niño Nabucodonosor Jiménez protestó porque a Horacito le tocaba quedarse y cuando fué rescatado se negó a hacerlo así, pretextando que estaba emocionado. ¡Trampas!...

* * *

Se conoce la declaración del chino, que, afortunadamente, y por el momento, llevará la tranquilidad a muchos hogares, ya que se ha podido comprobar que no existe ninguna tenebrosa agrupación de chinos dedicada a raptar y secuestrar niños. Efectivamente, se venía diciendo que esa agrupación existía, con objeto de aprovechar todos los niños chatos y amarillitos, y dedicarlos a la venta de collares. Repetimos que, afortunadamente, no es ese el caso, ya que se trata de un suceso aislado y el chino parece de cómplices; desde luego nada tiene que ver esto con lo de la calle de Hilarión Eslava.

El chino es natural de Ketío, y tiene veinticinco años de edad. Se llama... de una manera bastante extraña. Se dedica al cambio ambulante



—¿Estás segura de que Juanito me adora?

—Segurísima. Esta mañana me ha hablado de ti.

—¿Sí? ¿Qué te ha dicho?

—Me ha preguntado si es verdad que tienes treinta mil duros de dote.

Dib. SERNY.—Madrid.

de collares por *peletas*. Su declaración ha permitido establecer las verdaderas causas del fracasado secuestro de Horacito Canesú.

Según ha manifestado al juez, el día de autos paseaba por el Hipódromo sin pensar en nada malo. Al contrario, una honda melancolía china se había apoderado de él. Recorría los jardines recordando su lejana patria que abandonó hace ya muchos años. Recordaba, especialmente, a su novia última, una novia que tuvo en Ketío, una linda mujer amarilla que tenía unos bellos ojos oblicuos que en nada se parecían a esos horribles ojos de vaca humilde que tienen las europeas, húmedos y redondos. Recordaba, también, que hacía mucho tiempo no amaba. Las europeas, ¡ay!, no sólo no le gustaban, sino que encima se daban importancia y no le hacían caso. Y para el pobre chino, que es un sentimental apasionado, el no amar a ninguna mujer es un suplicio tonkinés.

Se puso tan triste que de sus ojos brotaron las lágrimas, con las que rápidamente hizo un collar engarzándolas en una cuerdecita. Ah, las mujeres chinas ¡Qué bellas! Qué amarillas! Qué *licas*! Y él tanto tiempo sin ver ninguna!..

Y cuando pensaba esto llegó ante Horacito Canesú. Este en aquel preciso momento se echaba las manos a la espalda y dijo unas palabras definitivas:

—China tengo!... China tengo... ¿Quién la quiere?

Oír aquello el hijo del Celeste Imperio y precipitarse sobre el niño fué obra de unos segundos. Pero, según ha declarado, sus intenciones no eran malas. Unicamente, temiendo que alguien se le adelantara, cogió al niño para decirle que él quería la china. Además de que le parecía mal que un niño de ocho años tuviera una china y él que es un chino de veinticinco no tuviera ninguna.

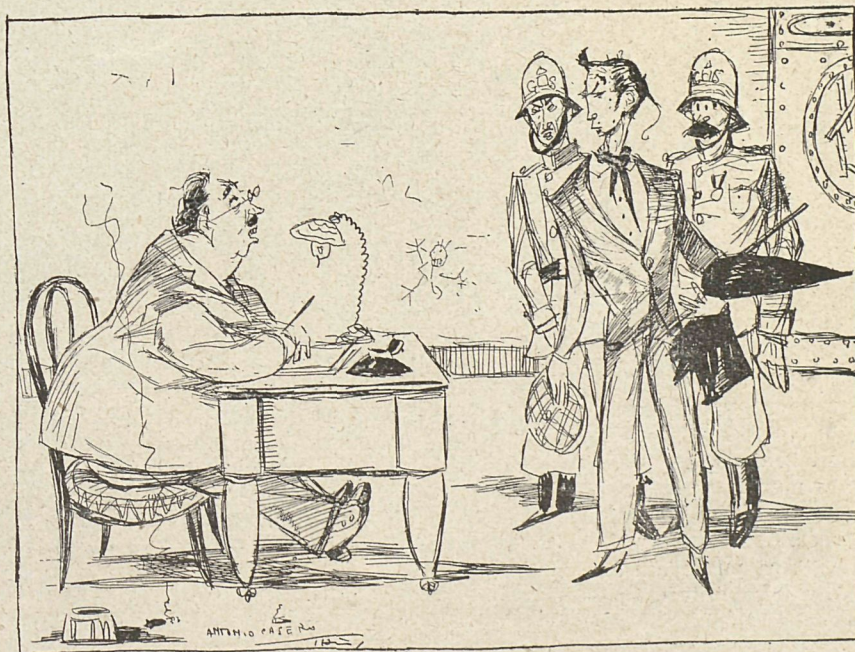
[El Juez ha puesto en libertad al chino después de esta declaración. Pero el chino sigue protestando y dice que recurrirá al embajador de su país con objeto de que obliguen a Horacito Canesú a que le entregue la china, ya que al niño seguramente no le servirá para nada y a él le está haciendo mucha falta.

GABRIEL GREINER



—Pero... ¿estás loca? ¿Te vas a desmayar aquí, con este barro?

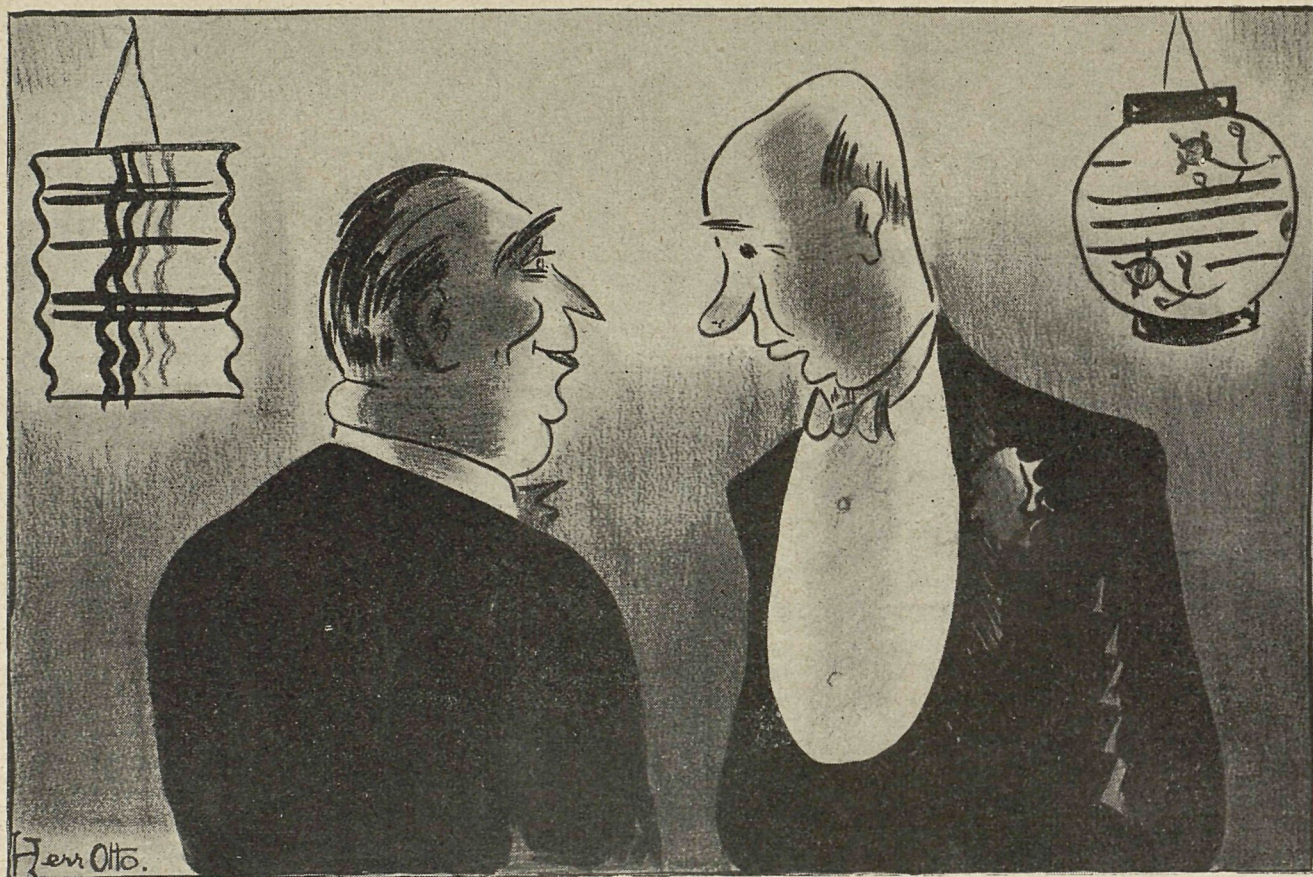
Dib. BERNAD.—París.



—¿Oficio de usted?

El "aficionao", despreciativo.—Ninguno... ¡¡Soy capitalista!!

Dib. CASERO.—Madrid.



Dib. HERR OTTO.—München.

—A mí lo que más me apena de mi soltería es que nadie, cuando yo me muera, llevará mis apellidos.
 —¿Y cómo se llama usted?
 —Juan Pérez y García.

Vivos húmedos

Un mes llevo en que, a fe mía,
 yo te aseguro, lector,
 que salgo a enterrar por día.
 A muchos seres la impía
 guadaña los siega en flor;
 y tenemos que llevar
 a los muertos a enterrar,
 tras varios días lluviosos,
 por caminos tan fangosos
 que no se puede cruzar.
 ¡Bueno el trayecto se ve
 de barro y de porquería!
 ¡No sé qué harían, no sé,
 los muertos, si cualquier día
 tuvieran que andar/o a pie!
 ¡Vergüenza da que tan mal,
 en una gran capital,

haya que hacer esos viajes
 viéndose hundir los carruajes
 en medio del barrizal!

Las afueras dan horror.
 Jamás vi descuido tanto.
 Cuando ha llovido, lector,
 ¡bien acredita el valor
 quien llega hasta el camposanto!

El martes acompañé
 a un muerto al de San José.
 Pues bien: me puse iracundo
 viendo a los pobres a pie
 clavarse en el barro inmundo.

Con el sombrero *calado*
 (aunque eso no es bien mirado
 en sitio tal) y las botas
 orladas de un jaspado

de lodo servido en gotas,
 entré y vi en un panteón
 esta sencilla inscripción
 sobre un fúnebre cacharro:
 “¡El hombre no es más que barro!”
 Y dije: —¡Tienen razón!

Allí, en fin, lector, si vas,
 hondas ganas sentirás
 de quedarte y no venir,
 prefiriendo sucumbir
 a meterte en lodo más.

¡Oh, ediles, que actuáis con fe!
 ¡Hacer limpieza os veré?

Si en esto nada se acuerda,
 ¡podéis iros a la izquierda
 de un lugar que yo me sé!

JUAN PEREZ ZUNIGA

ACTITUD GALLARDA QUE DEBIA IMITARSE

Mi enérgica réplica a un amigo que me menospreció

El otro día (estas cosas pasan siempre el otro día!) tuve una discusión con un amigo. Siempre me ha gustado tener discusiones con los amigos, porque es una cosa que entretiene mucho y no suele costar dinero; pero, por rara casualidad, aquel día no era yo el que tenía gana de discutir, y, si la discusión sobrevino, fué porque Dios lo dispuso así y porque mi amigo es un idiota.

Empezó el lío, sosteniendo mi sudichito amigo que el griego es un idioma que no se puede hablar por señas. Refuté yo tan improcedente aseveración; contestó mi antagonista que él había estado en Atenas y sabía lo que se decía; repliqué yo que en Atenas suele uno confundir lo que ve, a causa de la niebla, y lo que oye, a causa del ruido de la lluvia; volvió a decir mi amigo que en Grecia no llueve más que cuando hace mal tiempo; le objeté que Venizelos compra los paraguas en Londres; me vociferó que el mar Mediterráneo es precioso; le chillé que Mussolini iba a acabar con todo eso; se puso furioso y me dió a entender que Edison tenía más talento que yo; le agarré de las solapas y le comuniqué fieramente que el chárleston acabaría con la civilización occidental; se puso rojo y me amenazó con suscribirse a *El Debate*; di un paso adelante y le grité: "¡a mí, con zeppelines, no!"; y, entonces, pálido como un muerto que conocí la semana pasada, alzó la mano para agredirme... Pero yo, que he aprendido con los jesuitas la resignación evangélica que hay que desarrollar en casos como éste, le cogí la mano y se la besé tiernamente, al mismo tiempo que decía:

—¡El amor al prójimo y el perdón de los pecados de *Chelito*, es mi lema hasta que se bajen las cédulas...!

Me figuré que me iba a contestar que tenía lema para rato, pero tengo que confesar que me engañé. En lugar de resolver la cuestión de este modo tan humorístico y tan cómodo, prefirió seguir por el camino de la bronca; y, d'rigiéndome una mirada de desprecio noruego, se cruzó de brazos y me dijo:

—¡Nunca más vuelvas a hablarme! ¡Yo tampoco te contestaré! ¡Entre nosotros no hay nada de común,

más que el evacuatorio de la Puerta del Sol...! ¡Y para demostrarte que el griego no se puede hablar por señas, te voy a llamar cerdo en castellano y con voz vibrante, porque de otra manera ya estás viendo que es imposible...!

Me volvió la espalda, se alejó silbando una zarzuela de Alonso (que, por lo visto, no le gustaba) y me dejó, solo y dolorido, en lo más profundo de la acera donde había tenido lugar la discusión.

A los dos días, refirió nuestra ruptura en el café, ante dos amigos de Pontevedra, jóvenes como nosotros, uno de Vigo, de cuarenta años, y otro de Gijón, de cincuenta. Todos le dieron la razón, como antes me la ha-

bían dado a mí, porque yo ya se lo había referido la víspera, aunque no saqué nada en limpio. Menos mal que mi amigo, al hablar de mí, se excitó y, manoteando, se vertió el café encima, con lo cual no sacó nada en limpio tampoco.

Pero, ¡ay!, mi amigo no se contentó con referir la escena, sino que al final coronó su relación con una ofensa, que he jurado no perdonársela mientras viva, y ya veremos después de muerto lo que pasa.

El muy imbécil, se permitió decir de mí la siguiente infamia, que no la dejaría pasar ni un guardia de la porra:

—¡Además, señores, la amistad de ese hombre no puede honrar a na-



—¿Por qué lloras?

—Lloro de alegría, Ricardo. Ayer mismo me decía mamá que no encontraría nunca un imbécil que quisiera casarse conmigo, y, sin embargo, esta mañana has pedido mi mano.

Dib. FOGUES.—Valencia.

die! ¡Es el único amigo que yo tenía que no podía poner en sus tarjetas un título, una profesión, un oficio, un orden de actividad cualquiera! ¡Es el perfecto ciudadano desconocido...!!

Al saberlo, tuve un instante de confusión. El muy marrano había puesto el dedo en la llaga. Salvo el llamarme escritor, que ya sabemos que no está bien visto, y además no basta para convencer a la gente de que uno hace algo en el mundo; salvo el llamarme escritor, repito, no podía dignamente, en efecto, ostentar otro título en mis tarjetas. ¡Era cierto! ¡Yo no era nada en la Tierra! ¡Ni siquiera cartero!

Lloré lágrimas amargas y saladas. Empapé pañuelos y humedecí cortinas. Fueron tres días de llanto, horribles como sufragista inglesa.

Pero al cuarto día, la Virgen del Puerto, San José de Calasanz y San Sebastián Donostiarra vinieron en mi auxilio. Una inspiración seráfica, que venía de arriba, como los que bajan del octavo piso de la Casa de la Prensa, me trajo la solución rehabilitadora que yo anhelaba. Yo, no solamente podía poner en mis tarjetas una profesión que me honrase, sino que no había tarjetas en el mundo en las que cupiesen todas las cosas que yo era en España.

Porque, verán ustedes...

Yo soy ligeramente comunista, aunque no se me nota cuando ando, por cuya razón puedo y debo llamarme *correligionario de Lenin*.

Yo tomo el Metro dos veces al día, lo que me da perfecto derecho a exigir que se me considere como *viajero*.

Yo paso por la Puerta del Sol entre seis y siete de la tarde, cosa que obliga a reconocer a todo el mundo que soy *transeúnte*.

Yo, si se dan de tortas dos caballeros, corro a ver lo que pasa con elegante presteza. Soy, por consiguiente, *curioso*.

Yo, si me convidan los amigos, me apresuro a ceñirme la servilleta, y como con helioglobalesco versallismo. Soy, pues, *comensal*.

Yo voy al teatro. Soy *entendido espectador*.

Yo voy a los toros. Soy *inteligente aficionado*.

Yo voy a misa. Soy *feligrés*.

Yo voy al café con los amigos que

me quedan. Soy *contertulio*. A veces juego con ellos a las cartas, y soy *tresillista*. A veces me contento con hablar, y soy *causeur*, como García Sanchis. A veces pago, y soy *anfitrión*.

Leo el A B C. No puede dudarse de que soy *concienzudo lector*.

Me gusta Benavente. Soy *benaventista*.

Pago la casa, con bastante rabia, pero con relativa religiosidad. Soy, por tanto, *distinguido inquilino*.

No pago el impuesto de soltería ni a tiros. Soy *moroso*.

Me gustan los placeres baratos, pero los disfruto con ingenuidad de la Edad de Piedra. Soy *eufórico*.

Me solaza también el baile, pero con virtud moderadora de los pasos difíciles y sin morder en el hombro a la pareja. Y, ¡claro!, soy *eutrapélico*.



FILM

El "cameramen".—¡Eh! Hagan el favor de volverse, porque tengo estropeados unos metros de cinta.

Dib. SANTILLANA.—Madrid.

Tengo varios libros: uno de cocina, dos de Salgari, una Guía de Ferrocarriles levemente atrasada, y un *Quijote* atrasado del todo. ¿Quién se atreve a decir que no soy *bibliófilo*?

Algunos años voy a Francia. Y tengo la inmensa suerte de ser *extranjero*.

Un día me vi metido en un simpático choque de trenes. Y desde entonces soy *superviviente*.

Hace años me dieron la licencia absoluta en el cuartel del Rosario. En aquella fecha empecé a ser *paisano*.

En Biarritz, soy *bañista*.

En el Gran Casino de ídem, soy *punto*.

En todos los pueblos de España, menos en Madrid, *forastero*.

En muchas tiendas, *parroquiano*.

Para mi médico, *paciente*.

Para mi criada, *amo*.

Y para una amiga mía, cuyo nombre no es del caso, porque se ha mudado, *distinguido protector*.

¿Creen ustedes que es preciso que continúe enumerando títulos?

A mí me parece que ya está bien.

El miserable de mi amigo quedará suficientemente castigado y avergonzado cuando le remita el tarjetón que voy a hacerme en seguida, y en el cual constará, debajo de mi honrado nombre, que soy *correligionario de Lenin*, *viajero del Metro*, *transeúnte de la Puerta del Sol*, *comensal*, *entendido espectador*, *inteligente aficionado*, *feligrés*, *contertulio*, *tresillista*, *causeur*, *anfitrión*, *concienzudo lector de A B C*, *benaventista acérrimo*, *distinguido inquilino*, *contribuyente moroso*, *eufórico*, *eutrapélico*, *bibliófilo*, *extranjero*, *superviviente*, *paisano*, *bañista*, *punto*, *forastero*, *parroquiano*, *paciente*, *amo de mi casa* (que es la de ustedes, a pesar de todo) y *distinguido protector de damas infortunadas*.

Total: veintinueve profesiones, que no me las puede discutir ni la Inquisición, que, por cierto, no tenía más oficio que uno: el Santo Oficio.

¡Ah! Y todavía hay más. El día que me muera, que, sea cuando sea, me cogerá jovencito, porque estoy decidido a ello, será una cosa más, que pueden sin temor incluir en mi esquelera de diñamiento.

Seré el *malogrado colaborador de BUEN HUMOR*.

¡Y poco que se va a alegrar el director cuando esto ocurra!

ERNESTO POLO

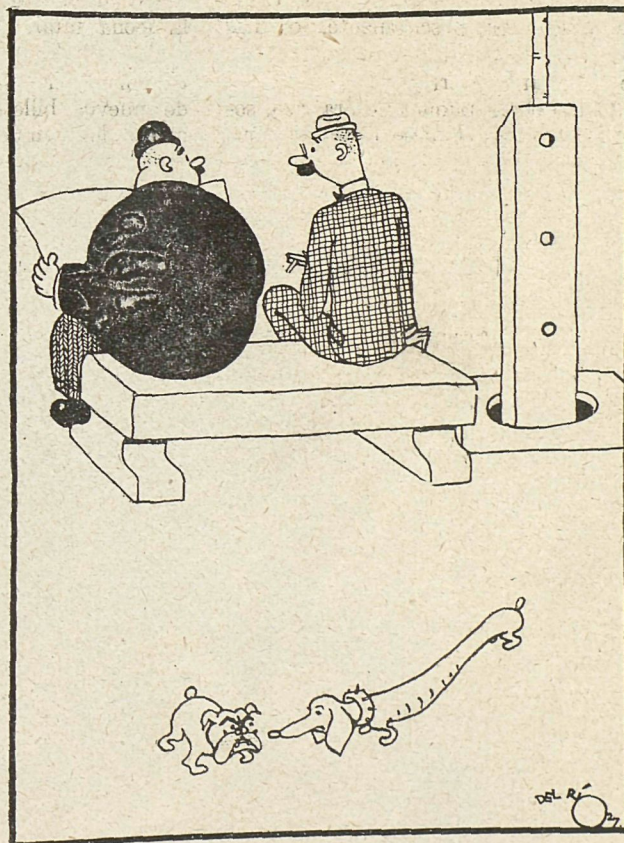
La vida y el teatro

(Historia comprimida)

Lupita. —Papás ricos —Novios cien.
Tontuna. —Más tontuna. —Niña "bien".
Caprichos. —Compostura. —Vanidad.
Belleza. —Robustez. —Nada verdad.
Domingo. —Tedio horrible. —¿A dónde ir?
Teatro. —¿Drama? —¡Nunca! —Hay que reír.
Abrigos. —Pielés. —Auto. —Precaución.
Platea. —Desnudez. —Murmuración.
Gemelos. —Cortesía. —Urbanidad.
Flirteos. —Líos. —Alta sociedad.
Orquesta. —Aburrimiento. —Un vals. —¿De quién?
—No sé. —¡Vaya un latazo! —¡De Chopén!
Silencio. —Va a empezar. —Se alza el telón.
El barba. —Una damita. —Exposición.
Rumores. —Carcajadas. —¿Que será?
—¡Ah! Fué que han dicho un chiste. —¡Já! ¡já! ¡já!
La actriz. —Gran interés. —Una ovación.
¿Que aplauden? —¡Su "toilette"! —¡Vale un millón!
El galán. —Buena ropa. —Corte inglés.
Hueca voz. —Petulancia. —¡Guapo es!
—¡Mi Adela! —¡Mi Gerardo! —¡Mi tesoro!
—¡Simón! —¡Mi esposo! —Mutis por el foro.
Suplicio conyugal. —Llantos. —Desdén.
Agravios. —Lucha. —Golpes. —¡Un edén!
Ternura de galán. —Dicha. —Pasión.
Promesas. —¿Y después? —Lo de cajón.
Adulterio. —La fuga. —¡A ser feliz!
¡Muy bien! —¡Bravo! —Palmas a la atriz.
¡A casa! —¡Hola mujer! —Frio glacial.
Reflexión. —¿Un amante? —¡No está mal!
¡El galán! —¡Hay que huir! —Sí, sí. Con él.
París. —Londres. —Belín. —Carabanchel.
La pluma. —¡Venga un pliego! —¡Qué emoción!
¡Dichosa! —Lejos. —Libre. —¡Sin Simón!
Propinas. —Un criado. —¡Por piedad!
¡Silencio! —Soy un nicho. —Descuidad.
Misterio. —Noche. —Miedo. —Campo inculto.
¡Como él venga! —¡Qué golpe! —Sale un bulto.
Se acerca. —Es el galán. —¡Dicha inefable!
¿Traes "auto"? —Vente "a pata". —¡Muy amable!
¿Adónde vamos, dí? —Vamos a Niza.
¡Delicioso país! —(¡Cómo idealiza!)
Tranvía. —Lentitud. —Me desespero.
¡Al fin! —¡Niza! —Esto, ¿qué es? —¡Un merendero!
Vinazo. —Pepitoria. —¡Qué burdel!
¡Dios mío! —¿Y el galán este es aquél?
Amargura. —Cansancio. —Decepción.
Mareo. —Repugnancia. —Indigestión.
Aurora. —Nuevo día. —Soledad.
Temores. —¡Alto ahí! —La autoridad.
¡Infragantis! —Asombro. —¡Qué vergüenza!
¡A la "Comi"! —¿A mí? —No hay quién la convenza.
¡A ver, cochero, pare! —¡Qué rubor!
Juzgado. —Caras sucias. —¡Mal olor!
Sonrisas de alguacil. —Telefonazo.
Un aviso. —¡Mi esposo! —Escandalazo.
Justicia. —Rectitud. —¡Vana porfía!

Todos a favor de él y en contra mía.
La Prensa. —Información. —Fotografado.
¡La adúltera! —¡La infiel! —El ultrajado.
Protestas. —Chicoleos de la gente.
¡Perjura! —¡Desleal! —¡Concupiscente!
Los mismos que aplaudieron la comedia
me ponen luego a mí de vuelta y media.
¡El deber! —¡El respeto! —¡La moral!
¿Y el amor? —¡Que se chinche! —Es lo legal.
¡Progreso! —¡Libertad! —¡Independencia!
El tranvía ideal de mi existencia.
¿Podré algún día hacer el recorrido?
Faltará la corriente. —Es lo sabido.
Amar. —Sufrir. —Callar. —Obedecer.
¡Tal es la obligación de la mujer!

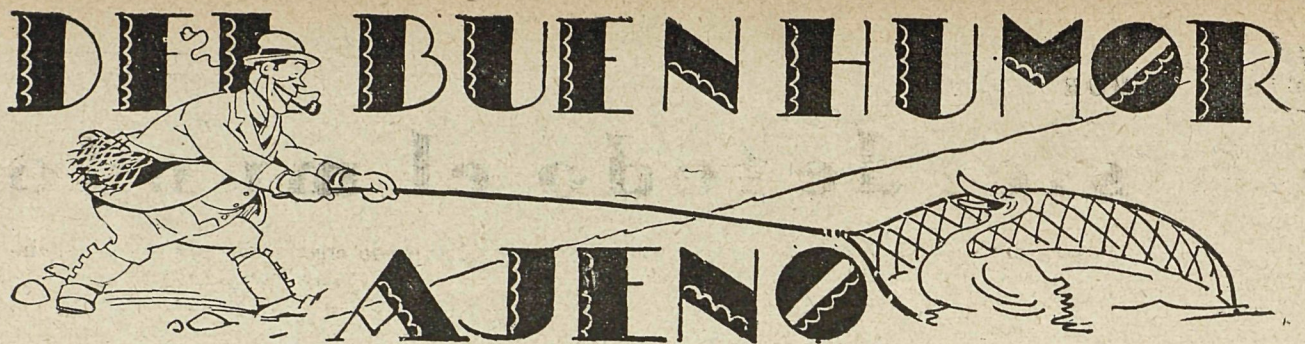
ADOLFO SANCHEZ CARRERE



Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

—Desengáñese usted: las mujeres resisten el dolor mejor que los hombres.
—Lo sé por experiencia.
—¿Es usted médico?
—No, señor, soy dentista.

DE BUEN HUMOR AJENO



Una deuda saldada, por Jean Bouchor

Aunque el tío Luquet no era rico, gustaba de pasar las tardes en Longchamps, en Auteuil, en Vincennes o en Maisons-Laffitte. Le gustaba el campo, el aire fresco, la hierba verde, el espacio, y lo mismo le daba que lloviera o que hiciera sol.

Elegía siempre—para admirar el paisaje—ese lugar del campo donde reúnen unos cuantos caballos para hacerlos correr y ver cual de ellos llega el primero, el segundo o el tercero, y sólo iba, precisamente, los días que en los periódicos se anunciaba que se celebrarían carreras.

Como el tío Luquet no era rico, solía ocurrir que pidiese prestado dinero, primero a sus mejores amigos, después a los conocidos y, por último, a los desconocidos, si ellos consentían. Por este procedimiento, habiéndose mezclado entre los miembros de un

Comité electoral que descansaba en un café de la fatiga de una reunión, logró arrancar al candidato un billete de quinientos francos.

Muy alegre, el tío Luquet llevó inmediatamente el billete al campo; pero el campo no se lo devolvió.

Pensó que para remediar esta injusticia de la suerte, lo mejor era agregarse al acompañamiento del candidato a diputado, quien echaría, desde luego, algo de lastre antes de la fecha fatal.

Pero el diputado, que no era tonto, en lugar de proveer al intruso de nuevos billetes, le reclamó secamente los quinientos francos que le había dado creyendo que era un elector influyente.

Naturalmente, el tío Luquet no devolvió nada. Pero un día que Auteuil (si el campo produce, ¿por qué

se le abandona por la ciudad?) le había proporcionado un ingreso, se introdujo en el seno de una reunión, y poniéndose cerca del diputado que le tenía obligado, hizo el gesto un poco torpe de ofrecerle públicamente un billete. El diputado, que estaba rodeado de partidarios y de enemigos, rechazó aquel ofrecimiento, por si era mal interpretado.

Lección que el tío Luquet no dejó que se perdiera. Se colocaba a propósito al paso del diputado y, para demostrarle su buena fe, hacía como que buscaba en el bolsillo de su americana el billete que le debía. Lo que visto por el candidato, le hacía disimular, llegando a hacer que no le conocía y hasta a cambiar de acera para esquivarle.

El tío Luquet decidió terminar con esta deuda por medio de un golpe maestro.

Durante una reunión en la que los adversarios del candidato tenían mayoría, el tío Luquet se puso en pie y, ostensiblemente, se acercó a la mesa ante la que acababa de sentarse el orador, y le entregó un sobre que llevaba en la mano, diciendo al diputado, de manera que todos lo oyesen bien:

—Tenga... Esto es para usted... Ya sabe lo que es...

Todas las miradas estaban fijas en los dos hombres.

El diputado balbuceó, con horrible malestar:

—No sé lo que quiere usted decir... Desprecio esas insinuaciones.

Y con un hermoso gesto, rompió el sobre que le entregaban, antes de lanzarse a hacer un ampuloso elogio sobre la incorruptibilidad de los representantes de la nación.

Y el tío Luquet salió de la sala satisfecho de sí mismo, porque no había metido nada dentro de aquel sobre.

A. V. de B.



El admirador tartamudo.—Se... se... se... ño... ño... ri... ri... ta; ten... ten... ten... go... que... que... ha... ha... cer... cer... la... u... u... na... na... con... con... fe... fe... si... si... ón. Yo... yo... yo... la... la... la... a... a... mo, A... a... a... me... me... líe.

Amelia.—¡¡Me lo dice usted tan de repente!!...

(De The Passing Show.)

Chistes de todo el mundo

García vuelve a su casa diariamente a las tres de la madrugada; pero una noche, encontrándose indispuerto, se acuesta a las once. Cuando está en lo mejor de su sueño lo despierta su mujer:

—¡Paco! ¡Paco! Creo que hay ladrones. Me parece que han abierto la puerta.

—¿Qué hora es?

—Las tres.

—¡Entonces debo ser yo que vuelvo del club, tonta!

(De *London Opinion*)

Clase de matemáticas.

—Vamos a ver. Si compro un kilo de carne y lo divido en ocho partes, ¿cuanto tendrá cada una?

—Un octavo de kilo.

—¿Y si lo divido en doscientas partes?

—Entonces se convertirá en pica-dillo.

(De *The Humorist*)

—¿Pero cómo cuesta más el repollo colorado que el repollo blanco?

—¡Y lo que cuesta la anilina!...

(De *Fliegende Blätter*)

A un jardinero que duerme bajo un árbol:

—¡Perezoso! ¿Durmiendo en vez de trabajar? ¡No eres digno de que te alumbren los rayos del sol!

—¡Por eso estoy a la sombra!

(De *The Passing Show*)

—Usted me disculpará que no haya venido en toda esta semana a la oficina; pero lo olvidé por completo.

—Es lástima; eso ocurre mucho, a mi también se me ha olvidado ganar lo bastante para poderle pagar este mes.

(De *Everybody's Weckley*)

El juez.—Usted rompió esta silla sobre la cabeza de su marido.

La acusada.—Pero yo no creí llegar a tanto.

El juez.—¿Usted no intentó herir a su marido?

La acusada.—Sí, pero lo que no creí nunca es que la silla se rompiera.

(De *Fliegende Blätter*, Munich.)

La tía (a su sobrina).—¿Qué has

hecho del vestido azul que te regalé por Pascua?

La sobrina.—¡Oh resultó muy corto para mí, y lo usa mamá!

(De *Kikeriki*, Viena.)

Totó.—¿Papá, por qué tienes tan colorada la nariz?

El papá.—A causa del viento norte que sopla; y después de todo, ¿a tí qué te importa? Acércame la botella de vino.

La madre.—Toma, Totó; pasa a tu padre el viento norte.

(De *Le Moustique*, Charleroi.)

—Bueno, Juanito; ¿qué te parece tu nuevo profesor?

—Es muy bueno, pero no se le

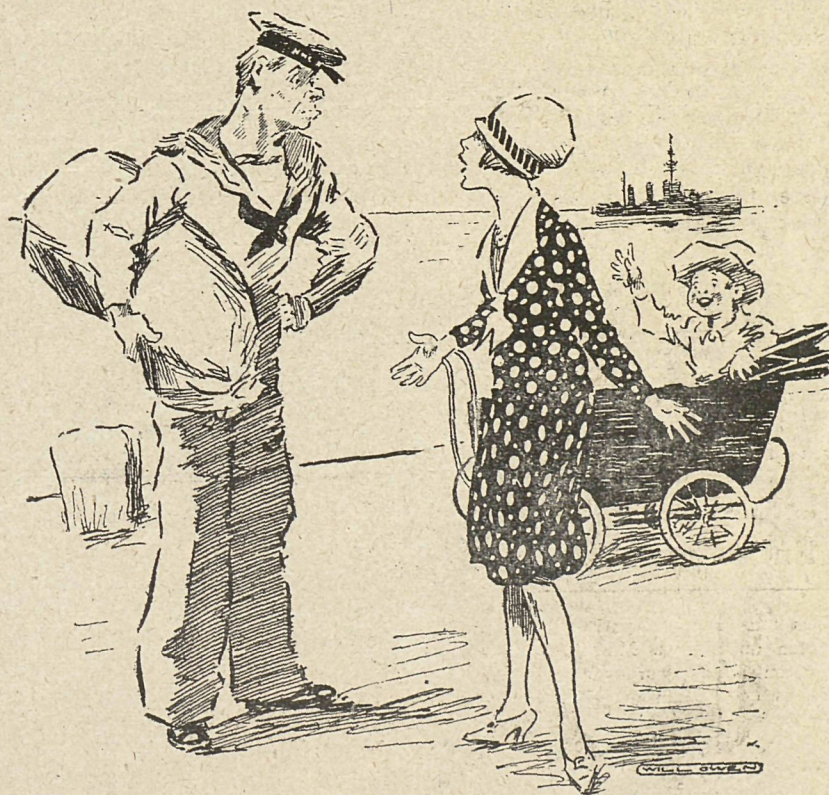
puede creer nada. Ayer dijo que cinco y cuatro son nueve y hoy ha dicho que tres y seis son también nueve.

(De *Lustige Blätter*, Berlín.)

—Sí; Smith es un optimista; ha comprado un billete de la lotería, en la que el premio es un automóvil e inmediatamente ha mandado construir un garage.

—Esto me recuerda a Juanito, que al terminar el mes no le quedaba una peseta y entró en un restaurante de lujo y pidió ostras pensando pagar la comida con las perlas que encontrara dentro de ellas.

(De *Pages Gaies*, Iverdon.)



(De *London Opinion*.)

Juan.—Usted no es mi madre. Está usted muy cambiada. ¿Qué ha hecho usted?

La madre.—¡Glándulas de mono, hijo!

Juan.—¿Y quién es el que va en el cochecito?

La madre.—¡Tu padre!

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en uno aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indiquese: "Para el Concurso de chistes". Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR
FOTOGRAFO
PUERTA DEL SOL, 13

—¿En qué se parece un elefante a una cama?

—En que el elefante es paquidermo y la cama pa-quidnermas.

Salta-montes.—Oviedo.

En un Tribunal.

Pregunta el juez a un testigo:

—¿Cómo se llama usted?

El testigo.—Yo me llamo Pedro Sánchez.

El juez.—¿Qué oficio tiene usted?

El testigo.—Señor juez, mi oficio es aspirante a una plaza vacante de ayudante del escribiente de un peón caminero.

Florentino Hernández.

San Martín de Valdeiglesias.

A PRESA

el comprar os interesa
sus fajitas
hacen que vayáis bonitas.

Presa, siempre Presa
Fuencarral, 72

Dos murcianos de pura cepa hicieron un viaje a Madrid, y al encontrarse, recordando las compras que tenían que hacer, dice uno:

—Oye, ¿y adónde iremos a comprar esos perfumes que te encargó tu chica?

—Pues iremos en ca... Gal. Llama.—Novelda.

En un convento:

Llama un baturro a la puerta de un convento y sale un fraile.

—Oiga usted, ¿vive aquí el padre Francisco.

El premio correspondiente al chiste del número anterior, ha correspondido al siguiente:

—Me tiene tan harto mi suegra, que el otro día estaba ya dispuesto a cogerla y tirarla por el balcón.

—Y olé! ¿Por qué no lo hiciste?

—Porque vi en la pared de enfrente un letrero que decía: "Prohibido arrojar basuras".

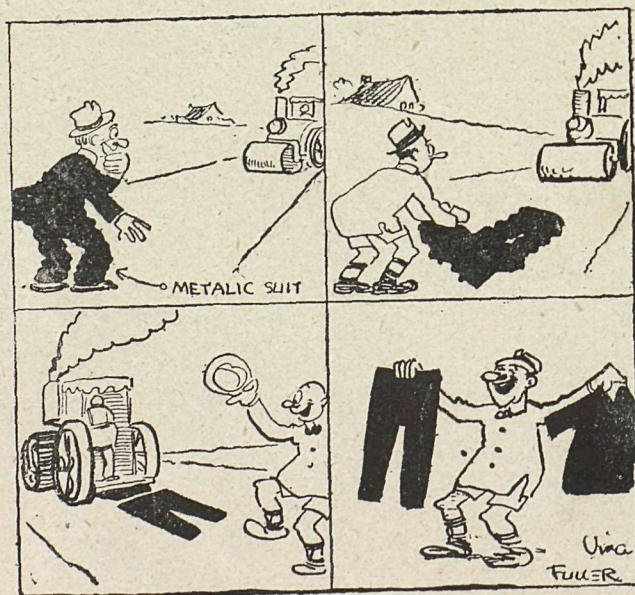
Isaac Rivas.—Sevilla.

LA HORRA

presenta las últimas
novedades en som-
breros para señora
y niña, para la pre-
sente temporada

FUENCARRAL, 26.—MONTERA, 15

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE
VIUDA DE CELESTINO SOLANO
Primera marca mundial **LOGROÑO**



Nuevo planchado de automóvil.

(De New York Evening Graphic, New York.)

OZONOPINO

Ruy-Ram

—¡Hombre! Aquí hay muchos padres Franciscos.

—Pues uno que es pequeño, con unos mofletes muy coloradicos y gordicos.

—¡Si no dice más! Hay varios gordicos y pequeños...

—¡Rediez! ¡Uno que paice tonto!

—¡Ay, hermano! Aquí, todos parecemos tontos.

Kiko.—Madrid.

—¿Cuál es el colmo de un avicultor?

—Hacer el ganso.

Un sastre oscense.—Huesca.

—¿Amos a ve si me dise quién fué la reina en er mir ochosientos quince?

—Mía, Oselito, pregúntame tó lo que tú quieras d'Historia.

Maldición gitana

Permita el cielo divino
que pases por Fuencarral
veas las lámparas Romero
y no las puedas comprar.

pero no me preguntes Gramática, que no sé ni gorda.

Callosduros.—El Escorial.

Al pasar unos muchachos cerca de un porquero, le dicen:

—¡Adiós, padre de los cerdos!

A lo cual responde el buen hombre:

—¡Adiós, hijos míos!

Perofa.—Madrid.

Después de un raid:

—¿Y no tuvisteis ningún contratiempo en vuestro raid?

—¡Ya lo creo! Figúrate tú

CANAS



INVENTO MARAVILLOSO para volver los cabellos a su color primitivo. Venta, todas partes y autor N. López Caro, Santiago, y sucursal de Barcelona, Caspe, 32, donde se dirigirá la correspondencia. Isla de Cuba, pidase con el nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro, República Argentina, en todas partes. ¡Ojo! Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

SANTIAGO

que se nos acabaron los viveres y no tuvimos más remedio que "tomar" tierra.

Quique.—Montefaro.

En el ferrocarril:
—Diga usted, ¿se puede fumar en este coche?
—No, señor.
—Y entonces ¿cómo está la alfombra llena de puntas de cigarro?
—Son de los fumadores que no han pedido permiso.
Alfonso Sánchez.—Prosperidad.

SIEMPRE NOVEDADES
Roa **Montera, 45**
Tel. 16830

El juez.—¿Y cómo disparó usted el arma?
El acusado.—Como otras veces: apretando el gatillo.

El juez.—¿Con intención de producir un daño grave?

El acusado.—No, señor; con la mano.

José María Cagigal.

En casa del empresario:

El empresario.—Sería una locura la presentación de esta obra, pues la chillarian desde un principio.

El autor.—No tenga usted cuidado. Su estreno fué acogido con el más profundo silencio.

El empresario.—¿Y dónde la estrenó usted?

El autor.—En un colegio de sordomudos.

Ripoll.—Madrid.

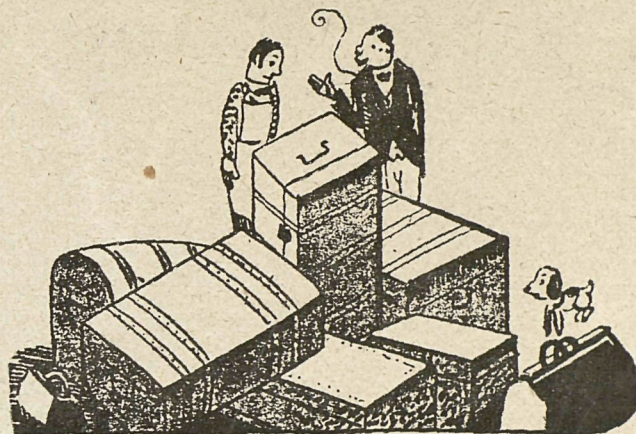
—¿En qué se parecen los corsés al aceite de ricino?



A CONFESION DE PARTE

La madre, orgullosa.—Mi hija aprendió a tocar el piano sin haber tenido nunca profesor...

La amiga.—Se conoce...



—¿Hay que poner el nombre del señor en cada baúl?

—¡No, hombre! Póngalo usted en uno, y escriba "idem" en los demás.

—En que sirven para arreglar el cuerpo.

Adela B.—Logroño.

Los hay baturros.

Un baturro fué un día con un amigo a Toulouse.

Dió la casualidad de que fueran a una plaza donde se celebraba un mitin. Por lo tanto, había una gran muchedumbre.

—¡Rediez!—exclama el baturro.—¿Tóos estos son franceses?

—Claro que sí—responde el amigo.

—¿Y cuántos hay! Pero, ¿qué quíacer tienen en Francia tantos franceses?

Pedro Carrero.—Navalcarnero.

Entre flamencos:

—Oye, tú, ¿sabes cuáles son los hombres de nuestra clase que sienten menos el frío?

—Mía tú, cualquiera sabe eso, Calandria.

—Anda, ¿quienes son?

—¡Yo qué sé!

—¡Los tocaores, hombre, los tocaores!

—Oye, tú, ¿por qué?

—Puez porque ze pazan la vía templando.

Conchita Flórez.

Un día de tormenta en que ha caído un chaparrón tremendo, dice un hombre a su mujer:

—Anda, Nicasia, acércate a la esquina y tráeme un melón, que ahora es la ocasión de cogerle bueno.

—¿Por qué, Indalecio?

—Porque están todos calados.

Pedro Soria.—Madrid.

En el paseo.

Fifi.—Pero oye, Pocholo, ¿por qué te preocupas tanto de la hora de comer?

Pocholo.—Pues... porque me da la gana.

Enrique Montefaro.

El profesor de Arquitectura.—¿En qué forma construiría usted un edificio propio para casino o club?

—El alumno.—En forma de círculo.

Ricardo Corbín G.^a—Valencia.

—Oye, Raimundo, tú que sabes bien las calles de Madrid: ¿Qué es lo que hay de Goya a Colón?

—Pues, chico, no sé.

—Pues de-Goya a Colón hay un crimen.

Pedro Carrero.—Madrid.



HERNIAS
Bragueros científicamente.
Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Agustín Figueroa 8

CUPON

correspondiente al número 361 de **BUEN HUMOR**

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea

Correspondencia muy particular



C. B. C. (Burgos).—Estamos hartos de publicar chiritas contra el matrimonio, vista la escasa proporción de sujetos que nos hacen caso. La gente se sigue casando, a pesar de las bromas proféticas. Hay, no obstante, una excepción, que es la nuestra: Nosotros no nos casamos con nadie. ¡Y con usted, que escribe tan mal, mucho menos!

Luis Cerón. (Murcia.)
Los versos de Luis Cerón son una desolación.

Son, empleando una frase matemática, una cosa así como un cerón a la izquierda.

Carrasquilla (Paracuellos de Jarama.) No sirve.

Casa Moisés
GRANDES FANTASIAS
Fábrica de guantes piel
Fuencarral, 74; Torrijos, 23

T. B. (Bilbao).—El que usted se enamora, no tiene importancia. El que usted nos lo cuenta a nosotros, tampoco. Revela que nos concede usted confianza, y se lo agradecemos muchísimo. ¿Pero nos quiere usted decir qué narices le importa a nuestros lectores el idilio feroz en que usted y la señorita Jacinta Abarrátegui están metidos?

De modo es que creemos que lo mejor es que la cosa se quede entre Jacintita, usted y nosotros. Lo otro será dar una campanada sin pizca de necesidad.

Vicente (Toledo).

Eso es bastante insolente para nuestro semanario. Aquí, amigo don Vicente, no hay que ser tan ordinario. ¡Luego critica la gente!

N. O. S. (Barcelona).

Usted, cargando baúles, ganaría más dinero que haciendo versos tan fules con tan escaso salero.

B. T. P. (Madrid).—Como usted comprenderá, una crónica veraniega a estas alturas es para dejarle a uno frío.

E. M. S. (Madrid).—¿Usted es aquél a quien mandamos enérgicamente a la porra hace un par de meses?... ¿Sí, eh?... ¿Y cómo es que ha vuelto usted tan pronto?

P. C. (Granada).—Usted está lastimosamente equivocado. A usted no le han vuelto loco los desdenes de esa mujer. Le han vuelto imbécil, que es mucho peor y más incurable.

Congosto (Málaga).

¡Eso está muy mal, Congosto! ¡te lo digo con disgusto!

Pío Díez (Aranjuez).—¡¡¡Rediez, amigo Díez!!!

O. T. (Madrid).—Le hemos admitido a usted un dibujo. ¡Qué alegría! ¿Verdad?

J. F. (Tenerife).—A usted le hemos admitido otro. ¡Qué corazonazo tan enorme tenemos!

G. I. E. (Alicante).—A usted no le hemos admitido ninguno. Somos unos tales y unos cuales!

N. E. V. (Barcelona).—No sabemos nada de *La carabina neurótica*. El envío último es tan atroz y desaforado, que no nos sirve.

V. P. A. (Madrid).—Demasiado bufo y descomunadamente exagerado. Además, tiene chistes que ya se han hecho viejos de las veces que han aparecido en las salomónicas e indestructibles columnas de BUEN HUMOR.

M. R. C. (Bilbao).—Con verdadera pena le decimos que ha tenido usted una idea felicísima y de una gracia *burral*, pero que no la ha desarrollado como la idea pide. ¡Qué cosa tan formidable se puede escribir con el asunto de su artículo! ¡Y qué lástima que no la haya escrito usted!

Para camisas a la medida
Madrid - Viena
Montera, 41, MADRID

R. N. N. (Oviedo).—Muchísimas gracias por los elogios, versificados y todo, que endereza usted a BUEN HUMOR. Y una vez leídos, y con permiso de usted, los vamos a tirar al cesto. No se alarme, que la cosa no tiene importancia. ¡Lo estamos haciendo todos los días!

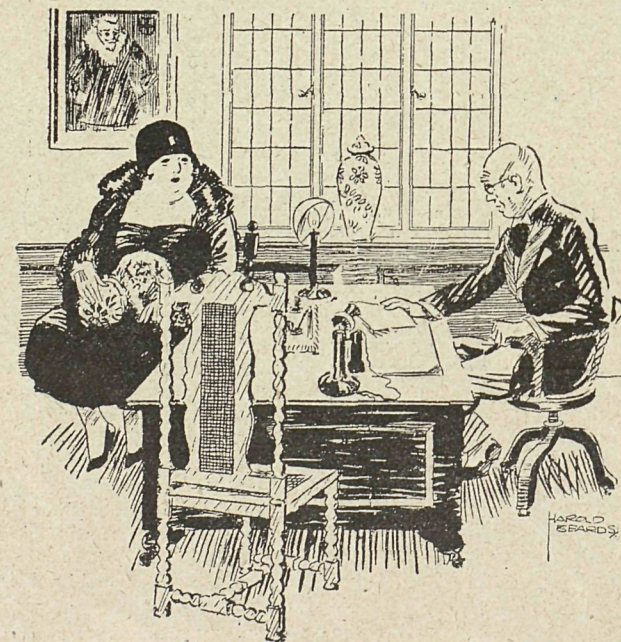
G. S. E. (Cádiz).

"Hera Gabriel un jitano..."

¡Así empieza usted su artículo! ¿Lo ha escrito usted con la mano o fué con otro adminículo?

F. U. S. (Valencia).—Pasa al cesto *Lá vacuna*. Y nos alegramos, porque así no le darán las viruelas al cesto, que no sabemos cómo no le han dado ya, de aguantar lo que viene aguantando desde luenga fecha.

N. M. S. (Sevilla).—Su *Declaración de amor* es muy tonta. Le tenemos que contestar a usted que no, y nos duele desengañarle. Hay que ser algo más expresivo, y si no precisamente Tenorio, por lo menos algo de Mejía en estos lances.



El doctor.—Sí; unas cuantas hojas de lechuga sin aceite y una copa de agua de naranja. Esto, señora, completa su régimen diario.

La señora gorda.—Gracias, doctor; pero ¿debo tomarlo antes o después de las comidas?

(De *The Passing Show*.)



CREMA

LIDA

RECONSTITU- YENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

Talleres de PRENSA NUEVA, Calvo Asensio, 3.—Madrid

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



—¿Cómo sigues de tu sordera?
—¿Eh?
—¿Que cómo sigues de tu sordera?
—¿Eh?

Ayuntamiento de Madrid

Dib. TONO.—Madrid.